

Bodegón con el ejemplar del libro y algunos de los documentos que contiene



/ Los autores parecen haber inventado –o reinventado– el libro analógico interactivo

/ La enrevesada trama tiene algunos altibajos y sobre todo la propuesta resulta endiablada de leer

/ Como juego literario, como pirueta, el volumen es sin duda ingeniosísimo; ¿estamos ante un 'Lost' literario?

una página tras otra dos lectores entablan una conversación a base de anotaciones manuscritas cruzadas. Él se llama Eric y es un graduado universitario obsesionado con Straka; ella se llama Jen y es una estudiante que le sigue el juego. Ambos tratan de desentrañar los enigmas que del libro y de la personalidad del escritor con ayuda de los materiales encartados entre las hojas del volumen, mientras vamos viendo cómo la relación entre ambos se va haciendo más íntima.

Una novela y un novelista interpretados por un supuesto traductor (¿acaso pudiera ser el mismo autor?) y por dos lectores que se comunican dejándose mensajes en los márgenes. Esta idea de muñecas rusas, de voces cruzadas, está también en *Fortuna* de Hernán Díaz, que reseñé en estas páginas hace unos meses, y la usó también A.S. Byatt en *Posestión* y Harold Pinter en su brillante guión para la adaptación al cine de *La mujer del teniente francés* de John Fowles, y Borges en varios de sus cuentos... Pero aquí se va un paso más allá, porque el propio libro como objeto físico pasa a formar parte del juego literario propuesto.

Creo que el malabarismo habría hecho las delicias de Umberto Eco. ¿Pero cual es el resultado final? Hay que valorarlo a tres niveles. Por un lado tenemos el libro como objeto y aquí hay que aplaudir sin reservas. La edición es espectacular, no recuerdo haber visto algo tan exquisito y lleno de sorpresas desde los gloriosos números de la revista *Poesía* que dirigía Gonzalo Armero y diseñaba Diego Lara. En cuanto a la lectura, hay un par de peros: la enrevesada trama tiene algunos altibajos y sobre todo la propuesta resulta endiablada de leer, porque el lector tiene que intentar no perder el hilo de la narración, sin dejar de atender a la conversación escrita en los márgenes entre los dos lectores. Muy cómodo no es. Y por último: como juego literario, como pirueta, es sin duda ingeniosísimo. ¿Estamos ante un *Lost* literario? /

NARRATIVA

## J.J. Abrams, pirueta literaria y libro objeto

**El creador de la serie 'Perdidos' y su colaborador Doug Dorst elaboran una novela de misterio que a la vez es un volumen exquisito y lleno de sorpresas**

MAURICIO BACH

Los dos autores de *S. El barco de Teseo* parecen haber inventado –o reinventado, porque a estas alturas ya nada es del todo nuevo– el libro analógico interactivo. Se reparten las tareas del siguiente modo: el cineasta y genicillo de las piruetas narrativas J.J. Abrams –creador de *Lost*– ha concebido la idea y el novelista Doug Dorst la ha escrito. Para que se hagan una idea cabal de la propuesta procedo a describirla con cierto detalle: el lector se topará con una caja o funda negra sellada en la que figura un sucinto título: *S*. En su interior contiene una novela titulada *El barco de Teseo*. El volumen presenta un aspecto avejentado. Parece un ejemplar muy manoseado y no tardamos en descubrir que tiene estampado el sello de una biblioteca.

La fecha de impresión que aparece en el ejemplar es 1949, editado en Nueva York. Al hojearlo vemos que está repleto de subrayados y comentarios manuscritos a varias tintas en los márgenes. Y entre sus páginas van apareciendo encartados diversos documentos: postales, cartas, viejas fotos, recortes de periódico, una servilleta de papel con un mapa...

El autor de la novela es el enigmático V.M. Straka, un escritor de best sellers que siempre ocultó su verdadera identidad y del que se sospechaban veleidades revolucionarias y acaso terroristas (Abrams se inspira de forma diáfana en B. Traven, el misterioso autor de *El tesoro de Sierra Madre*). Sobre el escurridizo Straka nos da algunas pistas en el prólogo o lo menos enigmático tra-

### La barita mágica de un creador polifacético

Apareció en el mundo audiovisual con aires de *wunderkind*, una suerte de heredero de Spielberg. Y si este forjó su aura de rey midas con *Tiburón*, J.J. Abrams (Nueva York, 1966) hizo lo propio con la televisiva *Lost* (*Perdidos*). Una serie que marcó época –para bien y para mal–, demostrando hasta qué punto se podía jugar con las costuras narrativas y las expectativas de los espectadores, pero también lo difícil que era después cerrar tantas cabriolas de un modo solvente y coherente. Fundó la productora Bad Robot y saltó al cine aplicando su barita mágica para revitalizar franquicias: dirigió *Misión imposible 3* y fue productor de las dos siguientes entregas; se puso tras la cámara en *Star trek* del 2009 y su continuación *Star trek: En la oscuridad*, y siguió después vinculado como productor; acometió la inagotable y agotadora saga galáctica de Lucas dirigiendo los episodios VII y IX, mientras que en el VIII ejercía de productor, faceta desde la que también lanzó otra franquicia: *Cloverfield*. Tal vez su película más personal sea la muy spiegelbergiana *Super 8*. Ahora Abrams, que se mueve como pez en el agua en los géneros, retorciéndolos y reinventándolos, ha decidido poner su imaginación al servicio de la literatura. **M.B.**

ductor del texto, F.X. Caldeira. Cuenta que estuvo a punto de conocerlo en persona en un hotel de La Habana en el que lo había citado, pero el encuentro se truncó porque vio cómo se lo llevaban secuestrado en un camión. El protagonista de la novela –la última que escribió Straka– se llama S. (¿acaso será él mismo?) y también lo secuestran. En su caso, lo meten en un barco con una inquietante tripulación y se ve arrastrado a una aventura brumosa y llena de arcanos y posibles interpretaciones simbólicas. El título del libro parece evidente que quiere remitirnos a la llamada paradoja metafísica del barco de Teseo que, según cuenta Plutarco en sus *Vidas paralelas*, obsesionó a diversos filósofos y versa sobre la permanencia y el cambio.

Sobre los misterios que envuelven a la novela y a su autor reflexiona el traductor en diversas notas al pie. Pero no es el único, porque en los márgenes de

El cineasta J.J. Abrams (derecha) y el novelista Doug Dorst



MICHAEL STEWART / GETTY